

Julio: El boyero

A Guillermo Rothschub Tablada

Escoge entre el amor y la ciencia;
no hay otra elección.

Unamuno

En el cielo de Julio nocturnas abejas
elaboran constelaciones.
En el altísimo cielo las palabras
son astros

(sumergidos
en el sueño los amantes pasan),
son pájaros,
son lágrimas

(atascados
en el fango los generales matan),
y la corneja
grazna a la siniestra.

En el cielo
de Julio el boyero cruza en su carro
las tinieblas rurales.
Una luna húmeda alumbra a veces
sus bueyes muertos
y se oye el golpe de las ruedas sobre piedras invisibles
y el sonido quejumbroso de sus ejes
desgastados por el tiempo.

(Aúlla el perro,
los caballos nerviosos amuzgan las orejas)
Lleva siglos errante
—de camino en camino—
soñándose inmortal pero dormido.

Ahora cruza el neblí de las noches segovianas
cruza las selvas del Este
—tinieblas chorotegas entrelazan sus ramas verdinegras
con los húmedos helechos de las tinieblas mayas—
cruza los montes de Oluma y el sagrado
valle de Cuapa; cruza Mancotal,
Somoto, la cima de Kilambé,
los llanos de Acoyapa, Matiguás y sus montes;

cruza la isla de los dos volcanes
 ceñida por las olas dulces,
 mi bella ciudad blanca (ya perdida)
 y la ciudad de Darío y el oscuro
 río patrio del Sur y los parajes
 del Güegüence: Diriomos, Dirianes, Niquinohomos.

Todos han oído
 sobre las ruedas del tiempo que nunca se detiene
 cruzar la noche el sueño que detiene el tiempo.

II

En la noche de Julio los campistos se reúnen. Míralos; sentados en sus pellones, alrededor de la palabra. Calientan café en el fuego. Luceros de agudos élitros chirrían. Zumban mosquitos y sacuden sus largas crines los potros. ¡Bájate!

¡Saluda a los jinetes! Son hijos de Chontales. Este es Villagra, campisto de Acoyapa, tejedor de guruperas y de jáquimas, que tejió también las hermosas zagas de nuestros orígenes. Este otro es Astorga, el guerrero de Septiembre por cuya hazaña tus hijos son ahora libres. Este otro es Juan Rejano, el cantor de Teustepe. Y ese otro, llámalo Gaitán el juigalpino, custodia tus leyendas. Son aquéllos a quienes Rubén llamó Centauros. Ellos hablan de Julio, el boyero. Escucharon en el bosque sin sendas el sordo rodar de su carreta náhual. Cuentan su historia:

Fue en los días iniciales, cuando balaban los primeros ganados y el indio se asombraba del toro y de la pólvora. Julio, el poblador, el que bajó de la nao con los setenta fundadores, construye ahora con sus indios el carro de sus bodas. María en Tola espera el cortejo anunciado. El carro florido. Los caballeros. Los cantadores y galanes que abrirán camino del puerto del Mar Dulce al pueblo de los Toltecas. Maestros labran a zuela las piezas del carro (el primer carro). Curiosos aprendices miran atentos el sabio golpe de las herramientas. Labran el pértigo en la blanca y dura madera de Chaperno. Labran las ruedas —que pasan a caciques y vasallos— del tronco del robusto Jenísero y los ejes de Cortés, madera de corazón de hierro. Sólo el yugo es ligero, labrado en el leve Escobillo. Ahora los poderosos bueyes bajan la cerviz al yugo. Todavía indóciles tiran del carro, van y vienen entre las burlas de los peones. Ahora lo entoldan. Ahora adornan el mueble con palmas y flores. Y parte el tren entre gritos. Los caballeros, los cantadores y galanes. Salen cantando. Son horas naturales de partir.

Subirán la pendiente de La Fuente. Cruzarán el alto y fértil valle de Caña de Castilla. Tierras morenas de pan-llevar. Subirán las faldas de Mombacho: tierras de urracas y tucanes, tierras indias. Dormirán en Nandaime. Desensillarán los potros. Desenyugarán los bueyes. Encenderán la fogata y las guitarras desmenuzarán la luna en luciérnagas. En Tola María espera. Y en la espera una noche es como un siglo.

III

Entonces se reunieron los dioses
 Se citaron
 en el tercero cielo donde todavía las palabras
 conocen el rudo fragor de la polémica.
 No cantaban aún los gallos, los primeros gallos,
 y los dioses hablaron:
 Habló Mixcoa, el dios de los caminos y de los mercaderes
 y dijo estas palabras:
 —Desde que salieron de nuestras manos los conflictivos hombres
 recorrieron su historia
 sobre caminos abiertos por el pie:
 por alíjeras pisadas. Eran pies andadores
 pies caminantes, peregrinos, andantes, incansables pies
 de guerreros, labradores, mercaderes, macehuales.
 Filas indias de migraciones y exilios.
 La vetusta historia está tejida
 de caminos de pies que avanzan o retornan,
 de senderos descalzos, de silentes
 pasos que dejan su memoria
 y sellan el reino de los hombres,
 (y levantó su voz el dios ceñudo:)
 —Pero llegan los extranjeros ¡los malditos!
 y trasladan a la tierra los peligrosos astros que ruedan en la noche.
 Ya no será el hombre quien arrastre su historia
 sino la muda máquina. Ya no el pie
 ni el vigor del caminante
 ni la gloria del cuerpo sino la fría
 rueda lunar, forastera de la tierra,
 y la prisa y el tropel desquiciarán la vida
 y el mundo girará en manos de dioses locos y veloces!

Y diciendo esto Mixcoa levantó su mortífera lanza.
 —¡¡Detén tu ira!!, gritó Quetzalcoatl, el dios amigo
 el que desdobra su hado
 entre la estrella matinal y la del dulce
 silbo vespertino:
 —¡No le impongas límites al hombre!,
 dijo con voz antigua y reposada:
 Recuerda que en el dominio de las aguas
 el hombre no fue pez
 pero inventó la canoa;
 Que en el dominio de la tierra no fue jaguar
 pero extendió con la lanza el poder de su zarpa;

Que en el dominio del viento no fue águila
pero cazó las aves con el vuelo de su flecha.

Y los dioses discutieron
y habló el lacrimoso Cocijo, el de cabellos de musgo
—dios de la lluvia— y dijo:

—«El hombre todo lo rinde y lo sujeta.

Oprime el mar, se sirve de los vientos.

Arranca las entrañas a la tierra

y, lo que me horroriza al referirlo,

el rayo ardiente a voluntad maneja».¹

Y el dios de los caminos colérico, gritó:

—No serán los hombres como dioses!!

Y lanzó contra Julio su obsidiana

y lo maldijo: —¡El boyero jamás despertará!

—¡Despertará cada siglo!— intercedió el benévolo
dios de los Toltecas.

Y se impuso su voz antigua y reposada:

—Despertará al soñador su sueño

Despertará buscando el rostro de la madre en el rostro de la hija
y el rostro del ayer en el futuro.

Despertará su ilusión el desengaño.

Despertará la opresión su libertad!!

IV

Eso narraron los jinetes alrededor del fuego bajo la húmeda
luna de Julio. Los que Rubén llamó Centauros.

Así fue explicado por los contadores de leyendas
el misterio de este signo.

Sucedió que el mes se levantó para mostrar su hado

—no sobre sus pies sino sobre un rodar inédito—

y en su piedra vimos que su fecha era una historia
pero también un sueño.

Y Juan Rejano dijo: La libertad es sueño.

Y Astorga: —El sueño es libertad.

Y Gaitán, el viejo, alzó su mano y dijo:

—No pongan puertas a la fábula. Al hombre

no lo encierra el tiempo

pero cabe en un momento.

Pablo Antonio Cuadra

¹ Fray Matías de Córdoba: «La tentativa del León y el éxito de su empresa» (siglo XVIII).

— De «Tun, La ronda del año» —Poemas para un calendario—.